

JOSÉ GARRIGA ZUCAL

*Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*

Buenos Aires: Prometeo Editorial. 2010. 173 páginas

José Garriga Zucal reflexiona “sobre las formas identitarias de una hinchada de fútbol para revelar el rol primordial de la violencia en la constitución de un ‘nosotros’” (2010, 21). La violencia tiene distintos significados y en el fútbol la *hinchada*, a través del *aguante*, es uno de sus protagonistas. La violencia, *fáctica* o *simbólica*, puede ser legítima o no, depende de quién la define. Además, es una construcción histórica y es particular en cada agrupación. En lo concerniente a la identidad, esta no es única, ni estática. Por el contrario, es múltiple y dinámica: obedece a la circunstancia y al entorno. De esa manera, construye un “nosotros”. Así, el aguante se constituye como una *señal identitaria*.

Garriga realizó el trabajo de campo con La José C. Paz, hinchada del Club Atlético Huracán, de Parque Patricios, en un barrio del sur de Buenos Aires, Argentina. Esta hinchada tiene una *estructura jerárquica piramidal* y se conforma, mayoritariamente, por hombres jóvenes, de pertenencia social diversa. Se utilizó la metodología etnográfica, y la observación participante le permitió entender la violencia y las maneras de concebirla.

La hinchada o *banda* es una agrupación que se diferencia de los demás seguidores. El trabajo cotidiano de “ir a todos

lados”, “alentar siempre” y, especialmente, “aguantar” definen la pertenencia a la banda. El aguante es un discurso que se sustenta y se demuestra en las prácticas violentas, es decir, en los enfrentamientos corporales. Para *aguantar* es necesario “pararse” y “poner el pecho”, sin importar las adversidades. Estos saberes le otorgan el *respeto*, entre los miembros de la banda, a quienes sean capaces de manifestarlo. Por tanto, el respeto es individual y es colectivo, concediendo el reconocimiento y la distinción. El respeto individual puede lograrse por temor o por admiración. La demostración del aguante solo es posible entre iguales, entre hinchadas, y se refiere, también, a la solidaridad entre semejantes. En último lugar, el aguante concede honor, prestigio y notoriedad en la banda.

El aguante es la manifestación de una masculinidad que señala al “verdadero hombre”. Esta práctica violenta entrega beneficios *simbólicos* y *materiales*. Aunque su exhibición depende de la circunstancia, ya que su práctica es perseguida por autoridades y es reprobada socialmente. El aguante es representado por aquellos que “tienen huevos”, es decir, los valientes que no temen enfrentarse corporalmente al rival y, los que no los tienen, son clasificados como “cagones” o cobardes. Así, en el

marco de un mecanismo de prestigio asociado a la expresión de la virilidad y la heterosexualidad, el “macho” es aquel que demuestra su aguante y el “puto” es quien rechaza la pelea y huye del lugar.

En la jerarquía de la banda, quien se la aguanta puede ser un *capo*, un líder. Asimismo, los enfrentamientos, grupales o individuales, visibilizan al principiante, pues ha exhibido su *masculinidad*. De ese modo, le conceden su ingreso a la hinchada. Si el aguante es puesto a prueba, a través de una ofensa, debe ser recuperado en una nueva pelea. Por ese motivo, el discurso no es suficiente y debe demostrarse en el enfrentamiento corporal. El aguante constituye una identidad, apoyada en una apariencia corporal. El cuerpo se construye, al interior de la hinchada, a partir de usos, representaciones y consumos. El cuerpo ideal es “gordo” y es “groso” ya que tiene más oportunidades de ganar en el enfrentamiento. Un cuerpo “gordo” y “groso”, de “buen lomo”, se ha forjado en el *trabajo rudo* y en *rutinas de peleas*. El cuerpo del aguante debe exhibirse públicamente, pues es diferente y es distintivo. Así, las cicatrices deben visibilizarse, al convertirse en huellas que confirman la participación del hincha en los enfrentamientos. Igualmente, el cuerpo debe mostrar *resistencia* en el consumo de drogas y de bebidas embriagantes y en la represión de la policía. Sin embargo, el cuerpo del aguante puede afirmarse, únicamente, en la bravura, en la demostración de conocimientos de lucha y en la participación en la pelea.

La experiencia en los enfrentamientos físicos permite aprender a combatir y a soportar el dolor.

La hinchada agrupa a quienes exponen el aguante y excluye a los que no lo exhiben. De esa manera, constituye un “nosotros” y un “otros”: hinchas militantes y policía. La banda se distingue por el uso de la violencia, que la utilizan para defender a los demás hinchas. Las prácticas violentas otorgan a los integrantes de la hinchada distintos beneficios, por ejemplo, recibir gratuitamente ropa deportiva. Los aguantadores son diferentes a los demás y aprovechan su aparición en los medios de información, para maximizar sus características. El aguante determina jerarquías, diversifica y enfrenta opiniones, distingue a los miembros de la banda y es una identidad que se encuentra con otras identidades, incluso no violentas. Además, genera pertenencia. El uso de la violencia instituye un “nosotros” y un “otros”, no violentos, no aguantadores. El aguante no puede exhibirse siempre y en todo lugar, pues depende de la situación.

El aguante es una identidad elegida libremente. Pues el coraje, la valentía, el arrojo, la audacia y la fuerza son prácticas que los nuevos integrantes desean demostrar a los miembros de la hinchada. La identidad aguantadora proporciona el respeto y la constitución de vínculos sociales, aunque esa identidad tiene elementos débiles, ya que no existe una vinculación obligatoria y tampoco permanente. Asimismo, tiene características violentas porque implica la participación en prácticas de confron-

tación física y armada, que otorgan prestigio y generan un sentido de pertenencia. El enfrentamiento físico es naturalizado y cotidiano y es una forma de solucionar los conflictos. La identidad aguantadora constituye una identidad colectiva, estable y permanente, que deja marcas en el cuerpo. La *cultura del aguante* es practicada por actores de diverso origen social y ocupa el espacio dejado por la escuela y el trabajo. Por último, el aguante establece una identidad, es decir, la violencia constituye un “nosotros”.

Finalmente, José Garriga Zucal, en *Nosotros nos peleamos*, reflexiona sobre la violencia y la identidad en *La José C. Paz* del Club Atlético Huracán. Estos

aspectos implican el análisis de las temáticas vinculadas con las prácticas, las representaciones, la masculinidad, las jerarquías y los cuerpos. Por lo tanto, este texto contribuye a la investigación sobre las barras bravas de Colombia, una pesquisa que, en nuestro país, se ha venido expandiendo. Nos ayuda a comprender, desde una perspectiva comparada, este fenómeno urbano, en el contexto del fútbol, que ya supera las dos décadas de existencia y que constituye un campo de investigación en consolidación en el país.

JOHN ALEXANDER CASTRO LOZANO

*Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá*